



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

**LA MUERTE
DE LA BIEN AMADA
MARC BERNARD**

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

e
errata naturae

Who ever loved that loved not at first sight?

MARLOWE

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *La Mort de la bien aimée*

© Éditions Gallimard, 1972
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2014
© Errata naturae editores, 2014
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-76-3
DEPÓSITO LEGAL: M-19583-2014

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: George Hoyningen-Huene, Corbis / Cordon Press

MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Dos veces, y por mi culpa, estuve cerca de perderla. La conocí en el Louvre, ante la Venus de Milo, una mañana del otoño de 1938. Al mismo tiempo que ella rondaba la escultura, yo la rondaba a ella. Me percaté de inmediato de que era extranjera; todo la delataba: el sombrero de terciopelo violeta, la estrecha cintura bien ceñida por el abrigo mientras que las caderas se desplegaban con voluptuosidad, y una suerte de prodigalidad en toda ella. Más adelante comprendí que no era forastera únicamente en apariencia.

Nos mirábamos sin dejar de dar vueltas. Nunca antes había abordado a una desconocida divisada por azar en la calle o en otro lugar público; sin embargo, me acerqué sin pensármelo. Ignoraba, como es natural, que fuese *ella*, pero algo dentro de mí lo sabía ya; por eso la observaba con tanto interés, con tanta curiosidad, como si presintiese que atesoraba lo que ninguna otra mujer me había dado todavía.

Y así, mientras yo charlaba y ella respondía amable y educada, nos dirigimos a la salida y le tendí la mano. «Hasta otra». «Hasta otra». Con mucha erre, y una voz, un acento, que me fascinaban. Hasta otra; es decir, adiós, puesto que nos despedíamos sin saber quiénes éramos, sin intercambiar nuestras señas.

Fue entonces cuando, con mayor avidez aún, la miré a los ojos; jamás había visto ojos de un azul tan luminoso, de tamaña dulzura. No podía resignarme a no volver a verlos. Invité a la extranjera a almorzar. Ella dio una especie de paso atrás y me estudió, marcando las distancias. La suerte se cernía sobre nosotros igual que una balanza cuyo astil se tambalea, indeciso. Nuestra existencia entera estaba a punto de cambiar para siempre y ni Else ni yo lo sabíamos; todo transcurría en un plano más profundo, donde unas fuerzas oscuras ya habían comenzado a obrar secretamente. Extrañamiento, simpatía, amor; en pocos minutos y sin sospecharlo nos saltábamos todos los pasos. Para entender lo que nos estaba pasando necesitábamos retroceder, que ella regresara a la «Casa de Juventud» donde un sacerdote acogía a las refugiadas clandestinas, y yo a mi hotel del *boulevard Raspail*.

La llevé a comer a un restaurante griego —hube de insistir en pagar su parte—, y luego fuimos a pasear junto al río. En el momento de la despedida sa-

bíamos, sin asomo de duda esta vez, que nos habíamos convertido en otro hombre y otra mujer, aunque ignorábamos aún la importancia del cambio.

Al día siguiente la telefoneé, encantado de oír su voz, su risa, sus erres, y nos citamos. Conciertos, teatros, restaurantes, cafés, cabarés; me convertí en su anfitrión en París.

Else, que había cruzado ilegalmente la frontera de Alsacia pocos días antes, dejó de ser una proscrita: me encargué de poner en regla su situación. Y por fin, un buen día, un gran día, nos hicimos amantes. Dio comienzo una fiesta que se prolongaría treinta y un años. La deseaba como nunca antes había deseado a una mujer; su cuerpo era exactamente como en mis confusas ensoñaciones; me proporcionaba un placer desconocido para mí hasta ese momento.

Una mujer en fuga, abocada a la ilegalidad, que hace un alto en París entre dos migraciones —la segunda de las cuales la habría alejado de mí para siempre—, y un hombre con la cabeza embotada por los ruidos y las furias del mundo, que observa atemorizado el cerco a su país, una frontera tras otra, que presiente las hecatombes, desesperado por su impotencia, que por doquier sólo descubre odios, matanzas, humillaciones; esas dos personas, al reconocerse, se rindieron al goce.

Y sin embargo fue entonces cuando, por primera y última vez, me comporté con crueldad. Embriagado de una libertad recién recobrada, al descubrir la profundidad de mi amor por Else temí volver a someterme al yugo. Cuanto más me costaba pasarme sin ella, con mayor firmeza decidí romper la relación, convencido de que, si me demoraba, me faltaría valor. Cuando Else comprendió que mi decisión parecía inapelable, se resignó, no sin luchar. «¡Si no quieres...!» En ese momento descubrí un rasgo de su carácter, seguramente el más marcado: la sumisión a lo que consideraba inevitable.

Durante dos días me mantuve firme; al tercero, fui a buscarla. Else había alquilado una habitación en un hotel del *boulevard* Saint-Michel que con un vago ademán me había mostrado un día; yo apenas si había alzado la vista. Lo más angustioso es que se disponía a partir hacia los Estados Unidos. Con su *affidavit* y su título de doctora en Letras en el bolso, tal vez se encontrase ya en El Havre o navegase rumbo a Nueva York.

Fui corriendo al *boulevard* Saint-Michel. En el momento en que vacilaba ante la puerta del Hôtel des Mines, el único cerca del lugar que ella me había señalado —temeroso de oír la espantosa respuesta: «La señorita se ha marchado ya»—, vi que Else se acercaba, sonriente, con la cabeza levemente inclinada.

Y allí, en plena calle, la estreché entre mis brazos como quien grita: nunca más, nunca más. Ya sólo podía ser para toda la vida, hasta la muerte. Hasta su muerte.

En el transcurso de nuestros primeros encuentros, antes de unirnos de manera carnal, yo apoyaba mi mano sobre la suya igual que un pajarero, con el fin de que Else comprendiera que no sólo estaban en juego nuestros cuerpos, sino que el corazón y el alma los sucedían, los antecedían. Las palabras que había negado a las demás me llenaban ahora la boca de manera espontánea. Me parecía que nadie las había usado antes que yo, eran tan apropiadas y expresaban tan fielmente lo que sentía... En el momento mismo en que las pronunciaba era consciente de mi inesperada fortuna y de que multitud de hombres y mujeres morirán sin haberla conocido, de igual modo que yo, antes, ignoraba que pudiese existir un universo privilegiado, aquel al que ahora tenía acceso.

Y esas palabras, a su vez, podremos oírlas sin hartarnos, porque nunca nos las han dirigido de esa manera, desde esos labios, con esa sonrisa, esa ingenua convicción; su repetición, lejos de empañarlas, les da aún más brillo.

Nos mirábamos desde uno y otro lado de la mesa, nos evaluábamos. ¿Quién es este hombre? ¿Quién

es esta mujer? ¿Era todo aquello verdad, posible? ¿No nos equivocábamos? Pero no, una dicha así, un arrebató así no podían defraudarnos, ni aquel concierto sobre todas las cosas, como si la otra persona fuese parte de ti.

De tarde en tarde me da por echar cuentas. Else tenía sesenta y seis años, dos meses y cuatro días. No la veré en su más extrema senectud. Estaré solo en el espejo, mirándome, con el rostro cada vez más surcado por el tiempo cruel. Sitúo la proximidad de mi muerte en la columna de crédito.

Así es como busco remedios. Pienso también en quienes se arrojan por la ventana o al azote de la ola, estallando como una piedra. Yo, en cambio, escribo, tal y como ella me ordenó.

Sería menester que, poco a poco, aprendiese a des acostumbrarme a ella, pero Else sigue ahí, como una herida que el más leve roce hace sangrar.

Me agradaban sus dos caras; una alegre, la otra, melancólica, como si aguardase lo peor, que acabó por llegar. Pese a su transparencia, ocultaba una parcela a la que nadie tuvo acceso. Una zona de sombras donde reinaba una borrosa inquietud cuyo sentido y causa, creo, ni siquiera ella misma comprendía. De natural risueño, sin duda, con una risa que tañía co-

mo uña sobre cristal, y poco después ausente. Luz y crepúsculo se alternaban rápidamente en su bello rostro.

Su padre había muerto cuando ella tenía dieciocho años; obtuvo el doctorado mientras trabajaba en un despacho. Durante la terrible época de la devaluación, me contaba Else, los muchachos estudiaban en las calles de Viena, a la luz de las farolas. De aquellos años había mantenido la costumbre de no tirar nada: periódicos, revistas, papeles de colores que escondía bajo los muebles y en la buhardilla.

El día en que le pregunté por qué hacía tal cosa, se echó a llorar; ella, que no lloraba prácticamente nunca.

Un día de 1941, cuando vivíamos en Nimes, Else recibió carta de su madre, que se había quedado en Viena; la misiva terminaba con estas palabras: «Llaman a la puerta. Vienen a buscarme». Nada delató la turbación de Else, salvo una especie de noche que cayó sobre su rostro. En los momentos más temibles se desligaba del mundo, como una sonámbula; aquel distanciamiento nunca se manifestó con tanta claridad como en aquella ocasión, y también durante las semanas previas a su muerte.

Me imaginé, aunque tal vez no sea cierto, lo siguiente: había tenido que dejar en Viena a su madre,